

Nuestro primer cuidado al llegar á Maguncia, fué ver la plaza de la Parada, donde se acababa de erigir la estatua de Guttemberg, fundida en París por un modelo de Thorwaldsen. Lo siento por el inventor de la imprenta, pero merecía algo mejor que aquello, y no ha ganado gran cosa en pasar del granito al bronce.

Pero tengo que reprenderme el haber contribuido por mi parte á aquella pícara obra. Agotados todos los medios de estímulo que ejercen comunmente su acción sobre los suscritores, acaso por haber tenido la imprudencia de publicar el producto de la suscripción, quedaba un déficit de 8,000 francos; concibióse entonces la idea de dar una representación de beneficio para cubrir aquella cantidad, y se eligió un drama francés que acababa de ser traducido al alemán. Este drama era *Kean*.

El producto excedió en mas de 2,000 francos al déficit que debía llenar, lo cual debe atribuirse ciertamente al patriotismo de los Maguncieles.

Dí tres veces la vuelta al rededor de la estatua para afirmarme en mi opinion, y volví á la fonda perfectamente enterado.

Dos horas despues rodaba nuestro carruaje por el camino de Francfort.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FRANCFORT, Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Una ventaja inapreciable de las carreteras generales alemanas, es que se duerme en ellas mejor que en las posadas. Al salir de Maguncia me aproveché del excelente estado de los caminos para vengarme del mal estado de las camas. Desde Roma no habia dormido.

No sé á qué hora llegamos á Francfort. Fui despertado con sobresalto por un austriaco que me sacudió el brazo para que le diera mis documentos. Desde que á uno le sucedió una aventura, los Austriacos son feroces en materia de pasaportes.

La ciudad libre de Francfort, que en su cualidad de ciudad libre es custodiada por un regimiento prusiano y otro austriaco, habia manifestado por el órgano de sus dos burgomaestres, el deseo de prender á un famoso ladron, quien en la feria de

otoño había ejercido su industria á expensas de nacionales y extranjeros. En consecuencia, como á pesar de las pesquisas de la policía tocando la feria á su fin, el ladron no había sido cogido, se dió orden á los centinelas para que redoblasen su vigilancia é hiciesen entraren el cuerpo de guardia á todos los que saliesen de la ciudad, á fin de examinar con atencion si los pasaportes estaban en regla, y si la filiacion consignada en ellos convenia con la del rostro, la estatura y las señas particulares de los individuos; y tomadas estas medidas y comunicadas á los jefes de los regimientos, las autoridades de la ciudad, satisfechas de su sagacidad, se durmieron con completa tranquilidad.

No sucedió lo mismo al ladron; el pobre diablo estaba muy inquieto; la naturaleza le había dado un fisico muy particular, lo cual le hacia muy difícil el uso de un pasaporte que se hubiese extendido exactamente para él. No obstante, pasó revista á sus documentos; mas en los cinco ó seis pasaportes que poseía, no encontró uno que le tranquilizase suficientemente para hacerle intentar la prueba del cuerpo de guardia. Resolvió salir sin pasaporte como un ciudadano que va de paseo.

Presentóse, pues, en la puerta de Affenhor, guardada por un puesto austriaco, é intentó pasar contoneándose y con un junco en la mano. Pero el centinela, que había recibido su consigna, gritó:

¡Quién vive! con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡Ciudadano! respondió el ladron.

— Acercaos á la orden, dijo el centinela.

No había medio de negarse á semejante invitacion acompañada de una actitud militar que no dejaba duda alguna acerca de las intenciones del que la hacia.

— Aquí estoy, dijo el ladron aproximándose.

— ¿Vuestro pasaporte? preguntó el centinela.

— ¡Mi pasaporte! respondió el ladron como si le admirase sobremanera la pregunta, no le tengo.

— Pues bien, dijo el centinela poniendo el arma al brazo, sois muy dichoso en no tenerle, porque si le tuviéseis, me hubiera visto obligado á haceros entrar en el cuerpo de guardia, donde se hubiera examinado si la filiacion estaba en relacion con vuestra fisonomía, lo cual os hubiera hecho perder media hora larga; pero puesto que no le teneis, es otra cosa. Marchad.

El ladron se aprovechó del permiso que se le había concedido tan graciosamente por el centinela.

Por lo que hace á nosotros, como nuestro fisico, en relacion con nuestras señas, no excitó al parecer ninguna desconfianza, salimos del paso con media hora de espera, despues de lo que nuestro carruaje nos dejó á la puerta del *Emperador romano*, donde terminé la noche tan bien comenzada en la diligencia.

Al día siguiente al despertar, me puse al balcón. Estaba en la Zeila, la calle mas hermosa de Francfort. Por encima de mi cabeza tenia un magnífico emperador, cuya intencion es representar á Carlo-Magno ó Luis de Baviera, ó no sé á cuál, pero que ciertamente no representa ni al uno ni al otro; á derecha é izquierda se veian las casas mas ricas de Francfort. Este primer aspecto me dió la mas alta idea de las ciudades libres.

Bajé al salon general; como en lo demás de Alemania, las comidas de los huéspedes estaban señaladas para la una y para las cuatro, lo cual permite á cada uno comer segun su costumbre. A la comida de la una no hay mas que alemanes, y en cambio á la de las cuatro no hay mas que ingleses y franceses.

Me quedaban aun dos horas; pregunté la direccion del Rœmer ó del Ayuntamiento. En este monumento, como es sabido, era donde se elegian los emperadores.

Francfort, cuyo nombre teuton *Frankfurt* quiere decir *vado franco*, debe su origen á un castillo imperial que habia mandado construir allí Carlo-Magno, en el sitio mismo en que el Mein es vadeable. La primera huella de él que se encuentra en la historia, es la fecha del concilio que se celebró allí en 794, concilio en el que no se admitió la adoracion de los Magos. En cuanto al palacio de Carlo-Magno,

no queda ningun vestigio de él; solo sí pretenden los anticuarios que se hallaba junto al sitio en que despues se edificó la iglesia de San Leonardo.

Desde Luis el Pio hasta el fin de la dinastía Carolingia, Francfort fué la capital del reino oriental de los Francos; los tres Othones la hicieron sucesivamente rodear de murallas, y en tiempo de Luis de Baviera, su directo protector, llegó casi al grado de extension que tiene hoy. Por lo demás, desde 1152, en Francfort era donde se elegian los emperadores romanos, cuando en 1556 apareció la Bula de Oro, dada por Carlos IV, y que llegó á ser la ley fundamental del imperio. Esta famosa bula, escrita en cuarenta y cinco hojas de pergamino, y que comenzaba por estas palabras: *Omne regnum in se divisum desolabitur*, se conserva en los archivos del Ayuntamiento. Su nombre le viene de la lámina de oro que cubria y cubre aun su sello, á fin de conservarle intacto. Dos siglos mas tarde, no solo fueron elegidos los soberanos en Francfort, sino que tambien fueron allí coronados; lo cual dió á la ciudad nueva importancia.

Francfort se gobernó, mejor ó peor, como ciudad municipio-imperial, hasta el momento en que, despues de haber sido bombardeada por los Franceses durante las guerras de Napoleon, fué donada el día menos pensado por Napoleon al príncipe primado Carlos de Dalberg, y entonces pasó á ser la ca-

pital del gran ducado de Francfort; en fin, el 9 de junio de 1815, el acta del congreso de Viena hizo de Francfort el asiento de la dieta de la Confederacion germánica, y la capital del gran ducado de Francfort se encontró otra vez ciudad libre.

Por su nueva constitucion, los Francforteses tienen derecho á una cuarta parte de voto en la dieta, perteneciendo las otras tres cuartas á las tres ciudades libres, Hamburgo, Brema y Lubeck.

En cambio de este honor, Francfort debe tener setecientos cincuenta hombres á disposicion de la Confederacion germánica, y disparar el cañon el dia aniversario de la batalla de Leipsick. Este último artículo experimentó al principio algunas dificultades, porque la ciudad libre no tenia desde 1808 murallas, ni desde 1813 cañones. Pero se aprovechó el primer momento de entusiasmo para abrir una suscripcion con el objeto de comprar dos piezas de á cuatro. Y gracias á esta libertad voluntaria, la ciudad libre hace en el dia fijado y con una exactitud completamente comercial, el fuego y el humo que debe á la Santa Alianza.

En cuanto á las murallas, no hay nada que decir; en vez de murallas antiguas y fangosos fosos, los Francforteses han visto surgir como un cinturon gracioso y embalsamado, un encantador jardin inglés que permite dar vuelta á la ciudad

bajo magníficos árboles y por enarenados caminos. De modo que con sus casas pintadas de blanco, de color de melocoton y de rosa, Francfort parece un ramillete de camelias rodeado de brezo. El sepulcro del maire á quien se le ocurrió esta idea, se eleva en medio de aquel encantador laberinto, que pueblan los ciudadanos y sus familias todos los dias á las cinco.

Por curioso que fuese visitar el paseo de la Muralla, como se llama, no quise salir del Ayuntamiento sin haber visto el salon de los emperadores. Conseguí exhumar una especie de conserje que subió delante de mí con un manojo de llaves en la mano, y me abrió aquel salon, que lleva hoy el título de salon del Senado. Una de las cosas curiosas de este salon, que contiene todos los retratos de los emperadores, desde Conrado hasta Leopoldo II, es que el arquitecto que le construyó hizo exactamente tantos nichos como emperadores debia haber allí, de modo que en el momento en que Francisco II fué elegido, habiendo acabado el espacio en la sala, no se encontró ya nicho para el nuevo César. Discutiase mucho para saber dónde se pondria el retrato del nuevo elegido, cuando en 1806 se desplomó el antiguo imperio romano al estrépito del cañon de Wagram, sacando de este modo de su embarazo á los cortesanos.

El arquitecto habia previsto el número de emper-

radores que debian colocarse allí. Nostradamus no lo hubiera hecho mejor.

Desde Conrado hasta Fernando I, es decir, desde 911 á 1556, se verificó la coronacion en Aix-la-Chapelle: Maximiliano II comenzó en 1564 la serie de los emperadores coronados en Francfort.

Despues de la ceremonia, que se verificó en la iglesia catedral de San Bartolomé, mas conocida bajo el sencillo nombre del Domo, el nuevo elegido, acompañado de los electores, volvió al Ayuntamiento y subió al gran salon, para ejecutar y ver ejecutar las ceremonias acostumbradas en semejantes casos.

Los electores de Tréveris, Maguncia y Colonia, se colocaban en el primer balcon, contando de derecha á izquierda.

El emperador, de traje de gala, con el manto imperial sobre sus hombros, la corona en la cabeza, el cetro y el globo en la mano, se colocaba en el segundo balcon.

En el tercero habia un dosel, bajo el que estaban el arzobispo y el clero.

El cuarto estaba destinado á los embajadores de Bohemia y del Palatinado.

El quinto á los electores de Sajonia, Brandeburgo y Brunswick.

En el momento en que aparecia esta brillante

asamblea, toda la plaza estallaba en gritos y aclamaciones.

Esta plaza merece una descripcion particular.

El centro estaba ocupado por un buey entero que se asaba en una cocina hecha de tablas.

En uno de los lados habia una fuente que remataba en un águila de dos cabezas, que por uno de sus picos echaba vino tinto y por el otro vino blanco.

El otro lado lo ocupaba un monton de avena que tendria unos tres piés de altura.

Cuando todos los balcones estaban ocupados, cuando el emperador, el arzobispo y los electores estaban sentados en sus respectivos puestos, se oia el sonido de la trompeta, y el archi-mariscal salia á caballo, metia hasta la cincha el caballo en la avena, llenaba una medida de plata, volvia á subir al salon, y presentaba al emperador esta medida.

Esto queria decir que las caballerizas estaban provistas.

Oíase entonces segunda vez la trompeta, y el copero mayor salia á caballo, é iba á llenar dos copas de plata en la fuente, la una con vino tinto, la otra con vino blanco, y llevaba estas dos copas al emperador.

Esto queria decir que las bodegas estaban llenas.

Se oía la trompeta por tercera vez, y el trinchantante mayor salía á caballo, é iba á cortar un pedazo de buey y lo llevaba al emperador.

Esto quería decir que las cocinas estaban florecientes.

En fin, se oía la trompeta por cuarta vez, y el tesorero mayor salía á caballo, llevando en la mano un saco donde estaban mezcladas monedas de oro y plata, y arrojaba estas monedas al pueblo.

Esto quería decir que el tesoro estaba lleno.

La vuelta del tesorero mayor era la señal de un gran combate á que se entregaba el pueblo por tener avena, vino ó buey. Generalmente se dejaba á los carniceros y cosecheros de vino sitiar y tomar la cocina; la cabeza del buey era el trofeo mas honroso de la lucha. La victoria se adjudicaba al partido que tenía la cabeza; y todavía hoy los cosecheros enseñan en las cuevas del palacio y los carniceros en su mercado las cabezas que sus antepasados conquistaron en las memorables jornadas de las coronaciones.

Después de haber visitado escrupulosamente las bodegas y el mercado, y rendir mis homenajes á los descendientes de los cosecheros y á los sucesores de los carniceros, me dirigí hácia el malecón por el cual bajé hasta Mainhüt, y saliendo por la puerta inmediata, me encontré en los encantadores

jardines de que he hablado mas arriba, y que son realmente deliciosos. Seguí por ellos hasta la puerta de Bockenheim, y volví á entrar en la ciudad. Como sabía que estaba en la patria de Goëthe, y no debiendo estar muy lejos la casa del poeta del barrio en que me encontraba, me aproximé á un respetable caballero que con una caña con puño de oro en la mano, atravesaba la plaza del Teatro; después, con toda la cortesanía posible, me informé de si hablaba francés.

— ¿ Si hablo francés, caballero? me dijo. Un banquero debe hablar todos los idiomas, y yo soy banquero retirado. Me incliné con todo el respeto que profeso á esta estimable clase de la sociedad, y cuando me hubo devuelto mi saludo:

— En ese caso, caballero, le dije, ¿ me hareis el gusto de indicarme la casa de Goëthe?

— ¿ La casa de Goëthe? ¿ la casa de Goëthe? repitió por dos veces el buen hombre cogiéndose la barba con la mano, y procurando reunir todos sus recuerdos. ¿ La casa de Goëthe? ¡ hum! ¡ hum! Caballero, preciso es que sea esa una casa que haya hecho bancarota ó que todavía no tenga reputación, porque no la conozco.

— Entonces, dispensadme por haberos importunado.

— No hay de qué, servidor vuestro.

Y nos separamos sumamente complacidos el uno

del otro. El buen hombre me habia dado mas que lo que le pedia.

Al volver al *Emperador romano*, me informé del mozo de la fonda dónde estaba situada la casa de Goëthe, supe que era la casa señalada con la letra F, número 74, en la calle *Grosser-Thirschgraben*, que quiere decir, segun creo, la calle del Gran Foso de los Ciervos.

Sea dicho esto de paso para librar á los viajeros del embarazo de prolongadas indagaciones.

LA CALLE DE LOS JUDÍOS.

Inmediatamente despues del almuerzo me puse en campaña, y como sabia ya dónde encontrar la casa de Goëthe, me contenté con preguntar la direccion de la calle. Aunque Francfort se vanagloria de poseer 217 calles, todos felizmente conocian esta; así que estuve pronto frente á la letra F, número 74.

Esa letra y este número son los de una casa que en nada se distingue de las casas inmediatas; únicamente encima de la puerta están las armas de la familia, armas proféticas y cuyos colores no se pueden conocer por la ignorancia heráldica del que las talló, pero cuya pieza mas notable es una banda con tres liras.

En esta casa es donde Goëthe escribió una parte de *Werther*.

Goëthe essin contradiccion uno de los genios mas